

AGENDA CIUDADANA

UN AÑO

Lorenzo Meyer

El Problema y ¿la Solución?.- El planteamiento de un colega -Juan Molinar- es claro: si la presidencia ya no puede o no quiere encabezar el tránsito mexicano a la democracia, el único camino que queda es el de las instituciones alternativas, las no presidenciales. Hay que fortalecerlas y modelarlas hasta convertirlas en instrumentos útiles para evitar la catástrofe y arribar a la democracia.

El Desgaste.- Justo cuando se cumple el primer año de gobierno de Ernesto Zedillo, un nuevo torpedo -el de la corrupción en las más altas esferas del poder- hizo blanco por debajo de la línea de flotación de esa nave muy averiada que es el sistema político postrevolucionario mexicano. La nueva explosión es la última de una cadena y las anteriores fueron igualmente dañinas: fuga masiva de capitales externos especulativos, devaluaciones del peso, caída en picada del Producto Interno Bruto (PIB), desempleo, inflación, lentitud en las investigaciones de los asesinatos políticos, la revelación de la enormidad de los gastos de campaña del partido de Estado en Tabasco, inseguridad, etcétera.

Por todo lo anterior, se puede afirmar que este último sexenio del siglo XX se ha iniciado por donde los cinco anteriores habían concluido: el debilitamiento del poder presidencial producto de los errores acumulados. En efecto, no había aún concluido el primer mes del mandato de Ernesto Zedillo cuando, por abusos económicos destinados a ganar las elecciones

de 1994 para el PRI -el exceso en la emisión de Tesobonos para evitar una devaluación en el año electoral-, se instaló la depresión económica y la relación entre el presidente y la sociedad se crispó justo cuando se suponía que debería estar mejor: al principio. A partir de entonces, todo ha sido cuesta abajo.

Este primer año del zedillismo, se caracterizó por un estilo y un ejercicio del poder más propios de un gobierno interino -simple encargado de mantener el *status quo*-, que de uno con mandato claro y proyecto propios. En estas condiciones, no hay duda que la presidencia debería de haber intentado no ya un mero acto espectacular -el equivalente del "quinazo" de 1989- o golpe de timón como algunos han sugerido, sino algo más profundo y definitivo: encabezar la clausura de la etapa histórica que vivimos -la del autoritarismo postrevolucionario basado en un partido de Estado- e iniciar la construcción de otra nueva, la del pluralismo democrático y un nuevo proyecto económico y social.

Pese a necesidad de contar con un liderazgo presidencial para enfrentar la crisis, después de un año es difícil imaginar que Ernesto Zedillo decidiera abandonar el papel de tecnócrata que ha desempeñado hasta ahora para asumir el que demandan las circunstancias: el de estadista democrático e imaginativo; el del líder que encabece la etapa final de la destrucción del antiguo orden y, a la vez, el principio de la construcción del nuevo.

El Desafortunado Punto de Partida.- Con un "Bienvenido a la pesadilla" saludó el subcomandante Marcos, desde Chiapas, el

inicio del gobierno de Ernesto Zedillo en 1994. Caracterizar como pesadilla lo que se inició entonces, resultó ser una predicción más exacta de lo que incluso el propio líder insurgente hubiera imaginado. Por lo demás, se trata de una pesadilla no sólo para quien hoy habita en Los Pinos, sino, sobre todo, para la enorme mayoría de los que viven fuera de ese ambiente tan artificial.

La posibilidad de un liderazgo presidencial 1994-2000 se perdió tan rápidamente como rápido se vinieron abajo los supuestos en que buscó asentarse. En un abrir y cerrar de ojos las esperanzas de los millones que votaron por Ernesto Zedillo bajo el supuesto de obtener bienestar para sus familias -el *leit motiv* de la campaña del PRI en 94-, se transformaron en inflación y desempleo. El discurso de toma de posesión supuso que el sexenio que se iniciaba en diciembre de 1994 sería uno de continuidad y profundización del gran proyecto modernizador que se dijo había sido el salinismo, y que los años de 1994 al 2000 serían ni más ni menos que la fase superior del neoliberalismo mexicano. Tan fue así, que al asumir el poder el nuevo mandatario no tuvo ningún reparo en pronosticar entonces que Carlos Salinas, el ideólogo y líder moral de la privatización y la apertura mexicana hacia el mercado global: "...tendrá siempre la gratitud y el aprecio de México", pues se trataba de un presidente que "gobernó con visión...inteligencia y patriotismo". En unos cuantos días estos optimistas supuestos se vinieron abajo y desde entonces la presidencia y el presidente se encuentran a la defensiva frente a la realidad.

En su discurso inaugural, Ernesto Zedillo también afirmó contundente: "El progreso económico sólo tiene sentido si llega al hogar de cada mexicano". Sin embargo, después de un año de gobierno, la caída del PIB es de 6%, es decir, la peor desde 1931, cuando México se vio afectado por la gran depresión mundial. A diferencia de hace 64 años, hoy el grupo dirigente compuesto por economistas profesionales ni siquiera tiene la excusa que la depresión mexicana fue un reflejo inevitable de la crisis externa pues no hay tal. No, los problemas económicos actuales que llevaron al gobierno norteamericano a tender una mano salvadora al presidente mexicano, fue de manufactura absolutamente interna y nada más.

La Política Política.- El presidente es un experto en economía pero hasta ahora sus acciones en ese campo no han tenido éxito. Y aunque él y su gabinete económico insisten en que a fines de 1996 -cuando hayan transcurrido una tercera parte de su mandato- la economía volverá a crecer, ello no necesariamente implica que las condiciones de la mayoría de los mexicanos mejorarán entonces, pues la recuperación de la macro economía no significa que automáticamente ocurra lo mismo con la economía familiar de la mayoría de los mexicanos.

Fuera de la economía, en el campo de la política, las cosas tampoco van mejor. Con el pretexto de que la presidencia decidió abstenerse de intervenir en situaciones críticas para que mediante la simple receta de un "dejar hacer, dejar pasar" político, el sistema se reforme, se ha generado una falta de

liderazgo cuyos efectos en algunos casos son, sin exagerar, criminales, como es, por ejemplo, la situación en Guerrero.

Una y otra vez, el presidente ha afirmado que en México "nadie esta por encima de la ley", y para sustanciar tan contundente declaración se pone el ejemplo de las acciones emprendidas contra el hermano del expresidente, Raúl Salinas. Muy bien por esa acción, pero es evidente que para darle credibilidad, la campaña en contra de la corrupción no puede quedarse en quien, después de todo, fue sólo un funcionario menor de la administración pasada. Hasta hoy, y pese a las exigencias de una parte de la oposición y de la opinión pública, el presidente Zedillo y los suyos se rehusan a tocar al responsable político, y posiblemente legal, de esa y de muchas otras corrupciones y violaciones al Estado de derecho en el sexenio que concluyó en 1994: Carlos Salinas. Y si bien ya es claro que el pueblo mexicano no tiene para el expresidente "la gratitud y el aprecio" que Ernesto Zedillo pronosticó hace un año, el actual presidente si parece conservarlos, y dejó pasar ya un tiempo que bien pudo haber sido aprovechado por Carlos Salinas para borrar las huellas que pudiera haber dejado en todos los ámbitos en que desde hace tiempo se sospecha corrupción y malversación de fondos públicos en gran escala: las privatizaciones, las concesiones, el tráfico de influencias, el ejercicio del presupuesto, etcétera.

¿Como sostener seriamente que en México ya nadie esta por encima de la ley tras la impunidad que ha cubierto a quienes asesinaron a los campesinos en Aguas Blancas? ¿No es sostener la impunidad cuando en Tabasco sigue tan tranquilo Roberto Madrazo

pese a los centenares de documentos entregados por el PRD a la Procuraduría General de la República que demuestran que su costosa elección sobrepaso por varias veces el límite legal? ¿En donde están las cuentas claras de los préstamos que hizo Nacional Financiera a la unión de crédito de la que Adriana Salinas era parte? ¿Y todos los sospechosos de corrupción que no se apellidan Salinas pero que tuvieron o tienen puestos en el gabinete?. Pese a lo inédito de poner al hermano de un expresidente poderoso en la cárcel, aún hay mucho camino que recorrer antes de que sea creíble que en México ya nadie esta por encima de la ley.

El Futuro.- 1995 fue un año de crisis, y analizando el desempeño del presidente en ese período, podemos suponer que ya dio de sí todo lo que podía dar en circunstancias difíciles; que su estilo y la sustancia de su liderazgo ya no se modificará sustancialmente en los próximos cinco años. En realidad, el presidente dejó de ser una variable en la ecuación política para transformarse en una constante. Es justamente en estas circunstancias que adquiere sentido la propuesta de que sea a través de otras instituciones del Estado y de la sociedad civil, distintas de la presidencia, donde se debe buscar la salida a la crisis de México en este difícil tránsito de un sistema político a otro.

La ortodoxia característica de Zedillo en medio de circunstancias inéditas -no cambiar aunque todo cambie- no habría sorprendido a un famoso economista canadiense-americano, John Kenneth Galbraith, que en su libro *Economics, Peace and Laughter*, (Boston, 1971), afirma que cuando el presidente Hoover de Estados

Unidos debió enfrentar los terribles efectos de la Gran Depresión, en los años treinta, decidió seguir las recomendaciones de los economistas ortodoxos -no incurrir en déficit y mantener el patrón oro-, y el resultado fue que ahondó la crisis. En contraste, en 1933, y pese a la hostilidad de la comunidad de economistas, su sucesor, Franklin Roosevelt modificó 180° esas políticas y empezó a sacar adelante a su país. Galbraith concluye: "la tendencia de los economistas /a no cambiar sus fórmulas/ es lo que debe esperarse de ellos en tiempos de cambio como resultado de su prudencia" (p.13).

Sustituir a la presidencia por otras instituciones como forma de enfrentar el cambio no va a ser algo fácil, pues resulta que justamente como efecto del presidencialismo sin límites del pasado, hoy son pocas las que están a la altura de las circunstancias: el Congreso apenas está dejando de ser el desastre que fue, el Poder Judicial aún no es poder y su justicia es deficiente, los partidos o son de Estado (antidemocráticos, como es el PRI) o aún están débiles, los medios de comunicación masiva o tienen poca penetración o aún son subsidiarios del presidencialismo, partes fundamentales de la gran empresa privada están en crisis (los bancos), las organizaciones no gubernamentales apenas están surgiendo y encontrando su espacio, unos estados van camino a la democracia política en tanto que otros marchan en sentido opuesto, etcétera.

En conclusión, tras un año del nuevo sexenio, la transición mexicana se presenta como un reto formidable. Vamos a requerir de suerte y buen juicio colectivo para llegar al buen puerto.

